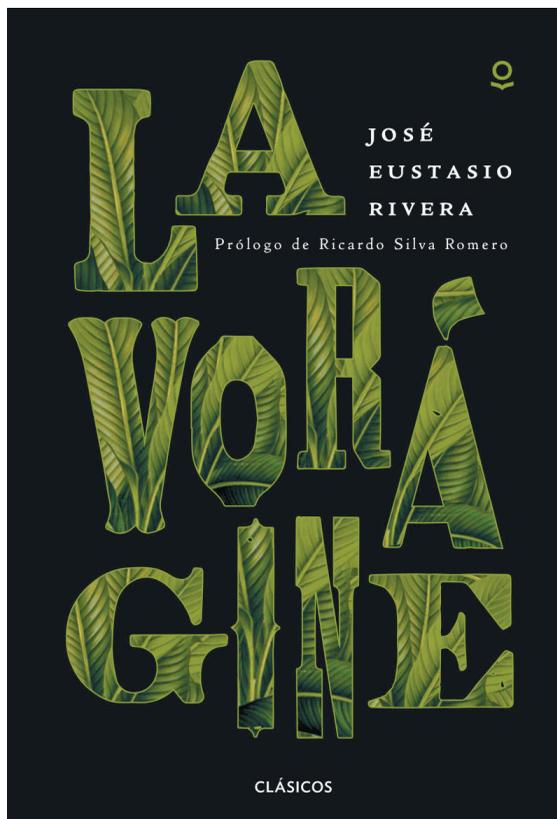


# Una rama dorada en la selva amazónica

Juan Carlos Orrego Arismendi

Como ocurre con los libros realmente clásicos, hablar de *La vorágine* (1924) azuza el recuerdo de muchas otras obras. Por ejemplo, las palabras con las que se echa a rodar la primera parte —“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia” — traen a la cabeza a *María* (1867), de Jorge Isaacs, de la que con toda deliberación quiere diferenciarse la novela centenaria de José Eustasio Rivera: casi en el segundo cuarto del siglo xx, el camino de la inocencia ya no conducía a la seducción, de modo que un amante ideal solo podía ser inmoral y turbulento.

Entre buena parte de los lectores de *La vorágine*, es común la invocación de las páginas de Joseph Conrad; particularmente, las de esa magnífica —pero terrible— fábula de la condición humana que es *El corazón de las tinieblas* (1899). Sin embargo, quizá se trate de una asociación facilista, motivada nada más que por el factor común de la selva ecuatorial, escenario de ambas tramas. Desde otro punto de vista, se distinguen dos historias radicalmente opuestas. Mientras que en la novela de Conrad —como en muchos relatos del escritor polaco— el gran tema es el descubrimiento de la desnuda condición humana tras el roto disfraz de la cultura, en la novela de Rivera se trata de alimentar la farsa y entregarse a ella. Arturo Cova sigue el rastro de Alicia, no tanto porque le interese recuperarla, sino para poder representar, ante sí mismo, el papel del héroe brioso y del vengador implacable. Conrad entrevé el fin del proyecto social humano, mientras que Cova se entrega



*La vorágine*, Loquileo, 2016

a él con una vehemencia que lo reafirma: el poeta aventurero cree en la literatura, el poder, la camaradería, el negocio, el ajuste de cuentas, el dominio sobre la mujer.

Igualmente socorrida es la comparación con *La Divina comedia*. Hay más razón para ella, sin duda, habida cuenta de que se trata, en ambos libros, de un viaje en pos de una mujer perdida y de un viaje en el que se atraviesan regiones claramente demarcadas, cada una colmada de sus propios horrores. Con todo, no deja de incomodar la sospecha de que el vínculo entre las obras de Dante y Ri-

vera nazca de ver, en la selva amazónica, un “infierno verde”; sería, como en el caso de *El corazón de las tinieblas*, una asociación poco imaginativa. Rafael Humberto Moreno-Durán, en un ensayo sobre *La vorágine* —“Las voces de la polifonía telúrica”, incluido en *Denominación de origen. Momentos de la literatura colombiana* (1998)—, menciona, con notorio fastidio, el parangón bibliográfico:

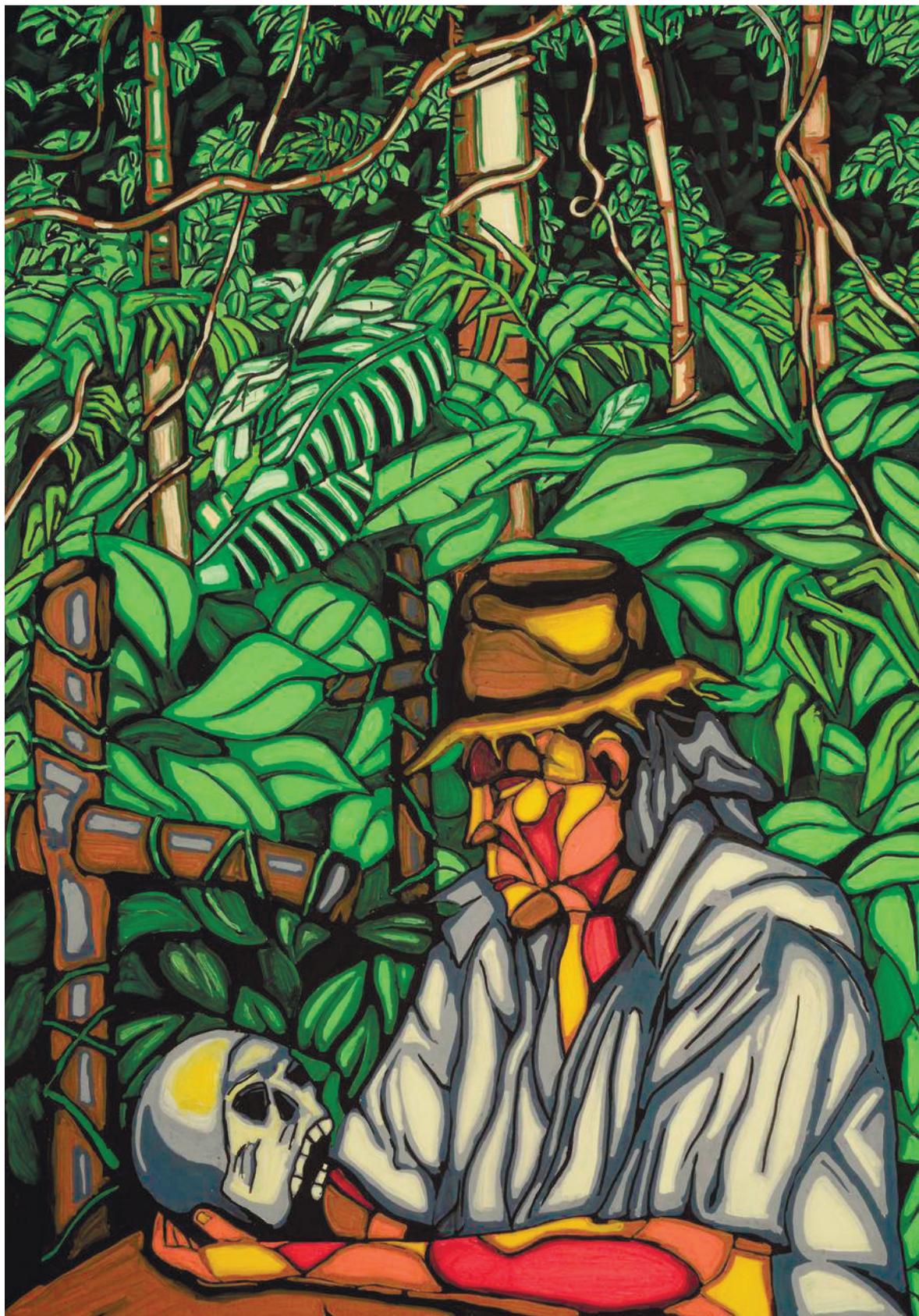
[la] *Divina comedia*, texto este que ciertos críticos no cesan de invocar con insoportable recurrencia, acaso convencidos por el propio Rivera, quien menciona profusamente a Dante y su obra a través de referencias veladas y explícitas, de múltiples adjetivaciones a lo largo de su novela.

Mucho más sorprendente es otro vínculo que, en el mismo ensayo, propone Moreno-Durán. Es el que habría entre *La vorágine* y *La rama dorada* (1890), de James George Frazer, que es, quizá, el libro más popular de la antropología decimonónica. En su voluminoso trabajo, el sabio escocés pretendía explicar, con base en datos etnológicos, una leyenda de la Antigüedad: la de la sucesión del sacerdocio mágico en el bosque de Nemi, ubicado cerca de Aricia (en la región italiana del Lacio) y en el cual se rendía culto a Diana. De acuerdo con una tradición de origen griego, el santuario había sido levantado por Orestes, quien, con su hermana Ifigenia, venía huyendo desde el Quersoneso Táurico (la actual Crimea). Un sacerdote solitario —el “*Rex Nemorensis*”—, sumido en la penumbra del bosque, rondaba y cuidaba el santuario, pero, sobre todo, temía por su vida porque un esclavo fugitivo podía, con la rama de un árbol singular que crecía en el lugar, matarlo y sucederlo en el cargo. La rama —una rama dorada— sería la misma que menciona Virgilio en el libro sexto de la *Eneida*, y que el héroe protagonista encontró al seguir el vuelo de dos palomas para, luego, usarla como sal-

voconduco en el inframundo. En la soberbia interpretación que Frazer ofrece de la leyenda en el penúltimo capítulo de su tratado —al menos, en la versión en compendio de 1922—, la rama dorada viene a representar la presencia del rayo —el fuego enviado por los dioses— en medio del mundo terrenal.

Moreno-Durán hace notar, con acierto, que también en *La vorágine* el principio de todo es la huida de un hombre y una mujer cuyo destino final son los “bosques profundos”; asimismo, advierte que la población que la leyenda antigua sitúa como elemento opuesto al bosque es Aricia, palabra muy cercana al nombre de Alicia, quien de algún modo representa, en medio de la selva amazónica, la ciudad de la que se ha escapado. Como si fuera poco, el cauchero Barrera hace las veces de “guardián del árbol”, hasta que Cova llega para matarlo, después de lo cual el nuevo *Rex Nemorensis* “se pierde en los dominios del bosque” (o, para decirlo con las palabras del propio Rivera, después de lo cual a Cova y a sus acompañantes “los devoró la selva”). El escritor y crítico tunjano cree ver otros indicios que unen a Frazer y Rivera, y tanto se entusiasma con las coincidencias que, incluso, llega a forzarlas. Por lo menos, ese es el sabor que deja la ocurrencia de que Zoraida Ayram representa el “puro fuego” que arde en la rama dorada, puesto que, difícilmente, podría el calor sexual de una caporal desvergonzada tomar el lugar de los prodigiosos rayos celestiales, generadores de vida en su versión solar y, por eso, ajenos a la penumbra sangrienta de las barracas del Guaracú.

Ni siquiera la infinita erudición de Eduardo Neale-Silva —autor de *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera* (1960), el mejor libro escrito alguna vez sobre la vida y obra del literato huilense— arroja una luz clara sobre las lecturas antropológicas del nove-



© Canen García, *La vorágine*, "La carga de don Clemente Silva", 2014

lista. Aunque Rivera no hubiera sido el más vehemente de los indigenistas, su obra revela un conocimiento preciso de algunas etnias llaneras y selváticas. Por ejemplo, el novelista sabía que algunas culturas usaban el yagé en sus ritos, y, en el caso concreto del pueblo guahibo del Meta, conocía la costumbre de la covada, según la cual, tras el parto, es el hombre quien convalece. El pasaje de *La vorágine* en el que se vierte el dato combina la perspectiva objetiva de la etnografía con cierto pintoresquismo prejuiciado:

El padre, al punto, se encama a guardar dieta, mientras la mujer le prepara cocimientos contra las náuseas y los cefálicos [...]; y el cónyuge follón, de cabeza vendada con hojas, se quejaba desde el chinchorro y pedía cocos de chicha para aliviar sus padecimientos.

Como quiera que sea, poco o nada logra saberse sobre las lecturas de Rivera en libros de etnología clásica. La coincidencia entre los movimientos de Orestes e Ifigenia, y Cova y Alicia, por sugestiva que sea, bien puede deberse a la inmanencia de las estructuras míticas. Bien visto, todo viaje es una huida, y la cultura y la naturaleza son los únicos polos hacia los que se va o se viene.

Sin dejar de pensar en la relación entre *La vorágine* y *La rama dorada* como un hecho apenas abstracto, cabe considerar un dato impensado para Moreno-Durán. Se trata, en concreto, de una ardilla. En un momento particularmente tortuoso de la travesía selvática, Cova, trastornado, se desvía del grupo para ir tras una “ardilla blanca”. Lo cierto es que no las hay de ese color en el Amazonas, y, de hecho, son escasas en el mundo. En 2015, el fotógrafo de animales Andrew Fulton se jactó de haber retratado una cerca de Northwich, en Inglaterra, y dijo que lo único que esperaba era que no fuera la última que lograra ver en su vida.

Ahora bien, también es una ardilla la protagonista de uno de los pasajes más célebres de *La rama dorada*: el primer párrafo del capítulo noveno, “El culto de los árboles”, en el cual Frazer cuenta que los bosques europeos llegaron a ser a tal punto dilatados y espesos que, en la selva de Arden, “una ardilla podría cruzarla entera saltando de árbol en árbol en una extensión semejante a la del total de Warwickshire”. La singular noticia, muy probablemente, inspiró a Italo Calvino la novela *El barón rampante* (1957), en la que Cosimo Piovasco di Rondò sube a un árbol a los doce años y jamás vuelve a poner un pie en tierra. Como no sea en la literatura infantil, no es común que una ardilla llame la atención de un novelista, al punto de encarnarla en un personaje humano o ponerla en el centro de un delirio amazónico.

En la interpretación que corona *La rama dorada*, Frazer ve en el sacerdote de Nemi al espíritu del árbol tocado por el rayo. Al hilar más delgado con la misma lógica animista, vendría a resultar que la ardilla es la ocurrencia primordial del intelecto humano frente a esa clase de objeto adorado: si se cree que en un árbol tocado por la gracia divina habita algún tipo de alma o conciencia, nada tan natural como suponer que ella se expresa en los animales más cercanos a la planta. De ahí que la ardilla de Arden no sea una mera noticia curiosa de Frazer en su capítulo noveno, ni la ardilla blanca de Cova un mero raptó de la imaginación modernista. Este último caso se antoja sugestivamente coherente: el espíritu del árbol de la siringa, henchido con la codiciada leche del caucho, solo podría encarnar como una criatura de albura desconcertante.

**Juan Carlos Orrego Arismendi** es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.